

de los ricos.—Ejemplos admirables de San Roque convertido en pobre voluntario.—No se pide tanto, en general, á los ricos.—Pero se combate su ostentoso lujo, en todos los terrenos, en provecho de sus propios intereses.—Absalón y su cabellera.—La Magdalena y la suya.—La riquezas comparadas á los cabellos en la superfluidad.—Otros servicios, y aproximación de los ricos á los pobres.—El servicio personal.—El cariño y asistencia.—Modos de socorrer, antiguos y novísimos.—Roque y sus curaciones y maravillas.—Obregón, Lellis, Emiliani, y otros ejemplos.

Los pobres.—No son *desheredados*.—Refutación de esa palabra impía.—Comparación, para consuelo, de otra pobreza mayor, por cada individuo.—Roque, pobre voluntario.—Despreciado.—Sospechoso.—Arrojado y abandonado ingratamente, en supremos instantes, por los que le debían tantos favores.—Preso y muerto en un calabozo de orden de su propio tío.—Aplicación de todo esto á las diversas circunstancias de la pobreza.—Muerte de este noble y rico, convertido en pobre y plebeyo.—Sus maravillas.—Su poderosa intercesión, sobre todo en los contagios.—Su culto.—Concilio de Constanza.—Rápido proceso de canonización.—Aplicación al Santo del resto de las palabras que siguen á las del tema.—*Hizo maravillas*.—*Porque cumplió la ley*.—*Pudo traspasarla y no la traspasó*.—*Hacer lo malo y no lo hizo*.—Conclusión gloriosa de estas premisas, hecha por el mismo Dios en la Sagrada Letra.—Súplica al Santo.

## SERMON

### DE REEDIFICACIÓN DE UNA IGLESIA (\*).

*Suscitaverunt domum Domini in statum pristinum, et fecerunt eam firmiter stare.*

Restituyeron la casa del Señor á su antiguo estado, y la reforzaron con firmeza y solidez.

(2.º Paralip., c. XXIV, v. 13.)

Nada más hermoso, á la verdad, mis queridos hermanos, que el oficio y rezo que la Iglesia consagra á la dedicación de sus templos; como si no le fuera suficiente la solemnidad entera de un día para celebrar con escogidas sublimes alabanzas este fausto y grandioso acontecimiento con lecciones, antifonas, responsorios y salmos tomados de la Santa Escritura, y con trozos escogidos de la exposición de las mismas por los Santos Padres, y con himnos confeccionados por los poetas cristianos más célebres, la Iglesia, repito, ha querido que estas santas y augustas solemnidades se prolonguen por ocho días, consignándolo así en el Misal y Breviario Romanos, y publicando en ellas, durante todo su octavario, las glorias de los templos materiales destinados al culto divino, y de los espiri-

(\*) Puede aplicarse á la construcción y erección de una iglesia, con ligerísimas variantes, y estableciendo otro tema; por ejemplo: el verso 1.º del salmo CXXI, cuyo salmo puede también parafrasearse y obtener así otro discurso, completamente distinto, para edificación, ó reparación, ó dedicación de Iglesia.

tuales consagrados á Dios en nuestras almas, por labios tan autorizados y elocuentes como los de San Gregorio el Grande, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Félix, Papa IV de este nombre, y el Venerable Presbítero Beda, que en cartas, sermones, tratados y homilias, hablan sobre este grandioso y especialísimo tema de la manera grandiosa y especialísima también, que ellos y sólo ellos, acostumbran á hacerlo en todos sus inmortales escritos.

Pero si bello, y conmovedor, y grande, y venerando es todo esto, no es, ciertamente, menos bello ni conmovedor, grande y venerando, digno de admiración, de entusiasmo, y de justísima alabanza, y de loable ejemplo, la actitud del pueblo cristiano y fiel secundando en esas ocasiones, como en todas, los santos propósitos y los admirables esfuerzos de la Iglesia católica, Madre y Maestra de la verdad, columna de la fe, cimiento de la esperanza, templo vivo de la caridad de *Aquel* que teniendo por templo el cielo, se dignó habitar para siempre en los tabernáculos construídos por los hombres, comenzando su gloriosa carrera de humillación y de amor, verdadero gigante desprendido de las alturas, en el seno de una pura criatura, aunque virgen escogida é inmaculada.

Los sacrificios y privaciones que las más veces se imponen los pueblos para edificar la casa de su Dios; la prodigiosa actividad que se despliega en tales casos en todas las familias, individuos, clases y condiciones sociales, del grande ó pequeño centro de población en que tan afortunada empresa se acomete; la unión maravillosa y el entusiasmo febril que reina en el mismo al ver aprobado el pensamiento, terminado el proyecto, trazados los planos, colocada la primera piedra, comenzadas las obras; todo esto, y más que todo esto, la alegría en los adelantos de las mismas, y aún más, el regocijo, que raya en los límites del delirio, al verlas terminadas y al asistir á la solemne fiesta de inauguración del sagrado recinto, construído á costa de tantas fatigas, y amasado, digámoslo así, con tantos sudores; todo, vuelvo á decir, hermanos míos, me recuerda la cons-

trucción del templo salomónico, y las alegrías universales de pueblo de Dios, y su santo orgullo al ver á los otros pueblos prestando sus materiales, su trabajo y su asistencia para la casa del Dios único y verdadero; y el valor y constancia de ese mismo pueblo en el regreso de sus cautividades, reedificando ese templo arruinado por los enemigos de su fe y de su independencia, teniendo en una mano el arma de la guerra y en otra la de la paz, para recordar así la bella y sublime frase de la Divina Letra, y las desgracias de ese pueblo porque olvidó al Dios de sus padres, y la voz augusta de Zorobabel, de Esdras, de Ageo, de Nehemías y de otros *videntes* ilustres al intimarle la reedificación de ese templo, monumento nacional á la vez que religioso de su gloria, y garantía de su futura grandeza.

Todo esto lo veo yo también aquí hoy, en la proporción debida y en mayor augusta significación, porque estamos en la Ley de gracia; y al verlo, y al regocijarme con vosotros, y al tomar parte en la general alegría, establezco desde luego, para expresar algo ordenadamente la que inunda mi alma y brota á mis labios, la proposición siguiente: *La reedificación de esta iglesia rebate prácticamente uno de los errores más perniciosos de la época, á la vez que demuestra vuestra fe esencialmente práctica, y por lo mismo excelentemente poderosa.*

Estamos en la casa de Dios, en la casa de la oración, en la que mejor y más pronto escucha y atiende á nuestro ruego; pidámosle, pues, gracia y fervor para mí y para vosotros en estos momentos, interponiendo la valiosa mediación del Templo del Señor, del Sagrario del Espíritu Santo, María, á la que diremos saludándola con el Arcángel:

AVE MARIA.

Nuestro siglo, no puede negarse, es el siglo de los grandes adelantos y de los grandes descubrimientos, en el orden material y físico; pero ha querido llevar esos adelantos y esos des-

cubrimientos al mundo moral, y se ha encontrado con retrasos, por más que haya pretendido, alardeando de moralidad, de creencias y de ilustración religiosa, establecer nuevas y profundas verdades.

Digo esto, porque este siglo, esencial y absolutamente teóricico en materias de religión, para el que es evidentemente desconocido el dicho y ejemplo del Salvador, que hacía y decía á la vez, que confirmaba sus enseñanzas con sus virtudes, en su afán de decir y no hacer, y de sublimar y espiritualizar, y elevar la Religión de sus padres depurándola de todas las preocupaciones y superfluidades, que en su ilustrado concepto, la circundan y la deprimen y pervierten, nos ha dicho, y nos repite á todas horas, en la cuestión de que nos estamos ahora ocupando, una gran verdad, eso es cierto; tan grande, que no se necesita estudiar mucho para alcanzarla, como que la encontramos, sin haber pisado aún las aulas superiores ni las academias, en el Catecismo de la doctrina cristiana.

*Dios está en todas partes:* ya lo creo, hermanos míos; y lo concibo sin dificultad ahora, aunque no me lo hubiera aprendido de memoria siendo niño; porque sin esa *ubiquidad*, usando ya la frase teológica, que casi estoy por asegurar no conocen los modernos Platones, no me doy cuenta de la idea de Dios: y está, podemos añadirles con el Catecismo sólo en la mano, y tampoco puede que lo sepan, al menos con la explicación debida, *está por esencia, presencia y potencia*; luego *si está en todas partes*, dicen ellos, que por lo visto no lo han averiguado hasta hoy, *no se necesitan templos, ni culto.....* ¡falsa de todo punto la consecuencia de tan innegable premisa! y vamos en seguida y en muy breves razonamientos á demostrarlo.

La idea de venerar á la Divinidad en un local y sitio expresamente para este efecto deputado, no es una idea descubierta precisamente por el Catolicismo, ni aun por el pueblo de la antigua Ley; antes de todo eso, en el seno de las naciones que no conocían al Dios único y verdadero, se edificaban ya

suntuosos templos á las falsas Divinidades consagradas por el error y por la superstición, como los nombrados de Apolo en Corinto, de Diana en Efeso, y otros infinitos, más ó menos suntuosos y celebrados; hasta las tribus salvajes, escondidas en el fondo de sus bosques y separadas del concierto del mundo, elevan, desde el principio del mismo, sus mejores cuevas y chozas, donde las tienen, al grado de habitaciones de sus ídolos; y aquellas misteriosas frases del Génesis citando al justo Enoch como el primero que invocó el nombre del Señor, explicadas en el sentido de que estableció, regularizó y perfeccionó su culto en aquellas primitivas sociedades, prueban que la idea y la noción del culto exterior, y por consiguiente de los templos, está, como la idea de Dios, tan íntimamente unida á la humanidad, tan profundamente grabada en la mente del hombre, que viene á confundirse con la creación, tan bellamente expresada en la narración de las Sagradas Letras.

Y no hablen, no, nuestros modernos descubridores de la ley del progreso indefinido, del perfeccionamiento de la raza humana, y de todas esas deslumbradoras teorías, opuestas, según ellos, á las preocupaciones, hasta ahora eternas, de la pobre humanidad, explotada por la humanidad misma, de la que una parte muy pequeña se ha servido como de un arma poderosa de todo eso para sujetar y oprimir á la otra, inmensamente mayor y digna de mejor suerte; dejen todas esas doctrinas á un lado, por más que sean perfecta y lógicamente refutables hasta la evidencia, y vengán al terreno religioso, al terreno y á la idea católica, en que se sienten tan profundamente cimentados que quieren reconstruir el edificio en provecho, por supuesto, de su verdadera debida grandeza; y pasando rápidamente por el pueblo israelítico, que lleva los símbolos, las promesas y las esperanzas de Dios bajo sus tiendas de guerra por el desierto, pero que les construye templo en cuanto adquiere una existencia estable en la posesión de la prometida tierra, y teme más por él que por sí mismo en las invasiones de los incircuncisos, y vuelve hacia él sus ojos arrasados en lágrimas en las

cautividades, y lo reedifica, hasta peleando á la vez, en seguida que la ocasión se le presenta; pasando, vuelvo á decir, por todo eso, y por la destrucción de ese templo, y por la señal de reprobación judáica que ella significa, como antes por los empeños de Ciro en reconstruirlo, que señalan ese nombre como glorioso en la Santa Escritura, y los esfuerzos de Artajerjes al mismo fin, y el castigo de Cambises por suspender las obras, y de Heliodoro por apoderarse de sus tesoros, y hasta los conatos de Juliano el Apóstata por reedificarlo, vengamos á la Ley de gracia, y á la conducta del Salvador en este asunto, y á sus palabras, y hasta á su celo, que sólo puede concebirse en Él, en la manifestación harto ostensible de su disgusto al verle profanado, y por cierto no tan á sabiendas ni tan escandalosamente como en nuestros días; y á la tradición y práctica de la Iglesia, y á los milagros realizados dentro del recinto de los muros por ella bendecidos y consagrados á Dios; y en suma, al Evangelio, que siempre tienen en la boca: la Iglesia, de la que se dicen los mejores hijos, y la Historia, en que se reputan consumados, no menos que las decisiones de la razón y del sentido común, vendrán á probarles, con todas las reglas inflexibles de la lógica y la verdad matemática de la dialéctica, que no se deduce, en manera alguna, de la presencia de Dios en todas partes la consecuencia de que no quiera ni deba de ser adorado especialmente en los templos.

Y además lo prueba, y práctica y evidentísimamente, el ejemplo singularísimo de estos fieles, que en épocas tan descreídas, entre doctrinas tan ateas, en medio de tan lamentables circunstancias y de tan azarosas crisis como venimos atravesando, á costa de mil sacrificios y de innumerables privaciones, haciendo frente, si es preciso, á todos los obstáculos, y resistiendo todas las contrariedades; elevando el muro, y peleando con los enemigos de Dios y con las dificultades de todo género suscitadas sin cesar por el genio del mal, si queréis, han sabido realizar y llevar á cabo esta grande empresa, probando á la vez que su arraigado amor á la Religión de sus padres, su

fe y su confianza inquebrantables y su fortaleza invencible, cuando no han cejado un sólo instante en su propósito, emprendiéndole acaso contra la prudencia de la carne y del siglo.

Porque vosotros, mis amados hermanos, habéis dicho, á semejanza de Urías Hetheo en la presencia de David: «¿Cómo? ¿mi Dios habita en pabellones y yo he de entrar con tranquila conciencia en mi casa? ¿no la tiene el Criador y podrá tenerla, con relativas comodidades, según su respectivo estado y condición, la criatura? ¿vivo yo desahogado, y el que no cabe en la inmensidad del espacio se halla acomodado en una choza de mendigo?»

Y estas preguntas y respuestas, y reflexiones, y santos laudables remordimientos, eran la condenación explícita de ese error que hemos combatido, y la manifestación más espléndida, y la expresión más sensible y hermosa de esa fe, pura, inalterable é inmaculada que recibisteis de vuestros padres con el sér, con la fortuna, con el cariño; ¡que á ellos acaso ya se les previno, como á David Nathán de orden de Dios, la edificación del Templo! ¡y que vosotros, sus afortunados Salomones, soñasteis con ella por inspiración divina, y la habéis llevado á feliz término, mediante el auxilio de Dios y vuestro perseverante esfuerzo!

Perseverante, sí, porque la perseverancia es en lo moral, como en todo, la que corona, y premia, y acredita todas las virtudes; porque la perseverancia asombró al mundo siempre en las más atrevidas, y al parecer, imposibles empresas; porque elevó las pirámides de Egipto, y construyó los sarcófagos de Memfis, y suspendió los jardines de Babilonia, y fecundizó el lago Mœris, y levantó la muralla de la China, y perforó el túnel de San Gotardo; y como el agua destilada gota á gota sobre la piedra la perfora también con el trascurso del tiempo y su operación y trabajo incesante, así el hombre, con su fortaleza, con su paciencia, con su habilidad, realiza imposibles de primera vista, como vosotros habéis realizado la obra que tenéis presente, sin desmayar en los obstáculos, ni ceder ante

las dificultades de todo género, que la presentaban colosal, por lo menos, á los ojos de los pusilánimes del mundo.

¿Levantar ó reedificar una iglesia en este siglo? os dirían muchos: santa y laudable empresa, y bueno y cristiano pensamiento; pero es menester no dejarse llevar del corazón y sujetarle á la cabeza; no es época de iglesias, ni mucho menos, la que alcanzamos: ni recursos, ni protección, ni fe; ¿no es verdad que acaso habéis oído aún más que esto?

¿Y qué? habréis contestado sin duda también vosotros: ¿no emprendió Cristóbal Colón, despreciado en todas las Cortes, menos, al fin, en la nuestra, el descubrimiento del Nuevo Mundo? ¿no acometió nuestra compatriota Teresa de Jesús la reforma carmelitana, casi sola, perseguida y contradicha por los mismos que mejor debían protegerla? ¿no comenzó (para no citar hechos sin cuento) no comenzó el Cristianismo por doce pobres pescadores, perseguidos por el mundo entero? ¿no se levantan hoy mismo instituciones santas y benéficas, y edificios destinados á objetos y fines piadosos, como por milagro, en manos de la caridad pública, sin garantías de ningún género, sin protección oficial, sin esperanzas, en fin, para el porvenir más que en Dios, que cuida hasta de los insectillos de los campos, en medio de esta sociedad materializada, egoísta, sin corazón y sin alma?

Sí; todo eso es verdad, y vosotros así lo comprendíais al responder á esas pobres objeciones, nacidas del espíritu de la época, espíritu de enfriamiento, de cobardía y de flaqueza, y de temor por todo y para todo (lo bueno y piadoso, por supuesto); pero ahora pregunto yo, para revelaros el secreto de esa virilidad tan manifiesta en vosotros, ¿quién informa todo eso? ¿cuál es el precioso talismán que realiza tales maravillas, alimentando sin absurdo tantas esperanzas? ¿en quién confiabais, por fin, para hablar y obrar de esa manera?

Ya creo que lo dije arriba: pero ahora lo confirmo, y lo razono, y lo explano: en Dios, y solamente en Dios; porque Dios sólo basta, en expresión de la reformadora del Carmelo, tam-

bién mencionada hace poco; porque Él tiene en sus manos todos los medios, milagrosos y casuales, según los juzgan los hombres, aunque sean providenciales: los corazones, las segundas causas, el orden al parecer lógico, encadenado y natural de los sucesos, todo; la fe, pues, en ese Dios, la esperanza y el amor en el mismo, han cimentado esta obra.

Querer es poder, se dice, no sé si con toda la razón suficiente, en el lenguaje y con los medios del hombre; pero en Dios es perfecto axioma, y lo mismo respecto de los que en Dios libran sus esperanzas; abrid la Carta de San Pablo á los Romanos, y allí escucharéis el relato compendioso, pero brillante, de las proezas de la fe; antes el Evangelio, y veréis indispensable y absoluto el requisito de la fe para obtener los favores del Salvador del mundo; los anales de la Historia eclesiástica y profana, y veréis al gran Taumaturgo Gregorio, Obispo de Neocesarea, retirando con su palabra de confianza en Dios un monte que impedía la edificación de un templo, y secando una laguna para secar á la vez la causa de discordias entre sus ovejas; como á vuestros padres arrojando á los moros y á los franceses en nombre de Dios, ante la Europa y el mundo espantados de tan increíble realizada empresa.

Conque habéis probado con la reedificación de este templo, no menos que la necesidad del culto externo, y por consiguiente de la fe práctica y de obras, tan necesaria en nuestro siglo, la pujanza de esa fe para sacar, si fuera preciso, y en frase de la Escritura Divina, hijos de Abraham de esas mismas piedras con que habéis levantado la Casa de Dios; está bien: *obras son amores y no buenas razones*, dijo el antiguo refrán en esta hidalga, franca y cristiana tierra, y por eso, sin duda, no pudo penetrar en el siglo XVI todavía en ella la inmundada doctrina de Lutero: *cree mucho y peca mucho, y estás salvo*.

Ahora, hermanos míos, á dar gracias á Dios, porque sin Él ni siquiera se habrían comenzado estos trabajos que hoy vemos felizmente concluídos, ni aun siquiera habría germinado ese pensamiento en vuestra mente, ni se habría movido en esos santos

propósitos vuestro corazón; ya tenéis templo, es verdad: pero ese templo, estructura de Dios, edificación de Dios, santo como Él, en frases admirables de la Iglesia, es representación material de otro que llevamos dentro de nosotros mismos: y á ese sublime fin aspira todo el oficio y rezo de que os hablé al comenzar; este templo es para nuestra alma, por nuestra alma, de nuestra alma; y esta alma, á su vez, es templo de Dios. Si cuidamos, pues, de reedificar el material templo; si á este objeto se han dirigido todos nuestros esfuerzos, que no cesaré de alabar jamás, cuidemos de conservar levantado hacia Dios el templo de nuestras almas, para que después de albergar á Dios, y más íntimamente, por cierto, que esta iglesia, seamos agregados á la espiritual del cielo.—Amén.

#### MODELO DEL SERMÓN DE REEDIFICACIÓN DE IGLESIA.

*Suscitaverunt domum Domini in statum pristinum, et fecerunt eam firmiter stare.*

Restituyeron la casa del Señor á su antiguo estado, y la reforzaron con firmeza y solidez.

(2.º Paralip., c, XXIV, v. 13.)

*Exordio.* Elogio del oficio y rezo de la Dedicación de Iglesia y su síntesis.—Bello ejemplo, práctico y popular, en estos trabajos y fiesta.—Proposición.—La reedificación de este templo prueba: 1.º Que Dios exige culto externo. 2.º Que todo lo puede la fe cuando es sincera, y por lo mismo se traduce en obras externas.

*1.ª Parte.* Dios está en todas partes.—Argumento de los ateos, en realidad.—Refutación de la consecuencia que deducen de esta

verdad contra el culto exterior.—El culto no ha sido inventado por el Catolicismo.—Pueblos paganos.—Sociedades primitivas.—Pueblo de Dios.—David y Salomón.—Cautividades.—Destrucciones y reedificaciones del Templo.—El Evangelio, la Historia y el sentido común.

*2.ª Parte.* La perseverancia y sus admirables efectos.—La fortaleza.—Frutos de la fe.—Objeciones de los pusilánimes, y breve respuesta á ellas.—Ejemplos.—La fe lo hace todo.—La fe se traduce en obras, si ha de ser salvadora y sincera.—La fe según el Evangelio.—Grandezas de la fe en la Carta á los Romanos.—La fe en la Historia Eclesiástica.—En la profana.—Refutación de la doctrina luterana sobre la fe.—Antiguo refrán castellano.—Exhortación y súplica.